



CARROZAS PARA EMBAJADORES

DESPUES de unos años de vulgar automovilismo, el protocolo de Madrid para la recepción de embajadores ante el Jefe del Estado, vuelve a utilizar las carrozas del Palacio Real que antaño se empleaban para ésta y otras solemnidades oficiales.

Cuatro son los coches que salen de caballerizas reales el día que ha de presentar sus cartas credenciales un embajador. Tres de ellos son del modelo de París de media gala, y cuatro asientos, para el respeto y séquito. Para el embajador se utiliza una hermosa berlina de gala de dos asientos, que perteneció al Rey consorte don Francisco de Asís.

En un viejo y lujoso álbum de Palacio, semejante a esos, tan del siglo XIX, que, forrados de terciopelo granate, suelen encontrarse sobre panzudas consolas en las casonas españolas, con destenidos retratos de militares, marinos o sacerdotes antepasados de la familia, hemos visto la historia y descripción de estas carrozas de los embajadores, entre los doscientos vehículos de toda índole que a fines de siglo poseía el patrimonio de la Casa Real.

Antes de la descripción de los vehículos señalaremos el orden con que se organiza la comitiva de acompañamiento de un embajador, para trasladarlo, a través de Madrid, desde un gran hotel o el respectivo palacio de la Embajada al Palacio de Oriente.

Encabezan la comitiva dos coches del tipo llamado de París de media gala, cada uno con dos caballos, un tronquista y dos lacayos a pie, todos con pelucas y ropas de media gala. Estos coches están destinados al séquito del embajador. Sigue otra carroza del mismo tipo pero con cuatro caballos, tronquista, dos lacayos y dos palafreneros a pie, con trajes de gala. Por último, la berlina del embajador que lleva seis caballos, dos lacayos, cuatro palafreneros a pie, tronquista y postillón montado, todos con pelucas y traje de gala.

La berlina de dos asientos destinada a los embajadores fué construída en París por Mr. Beckman y adquirida por la Casa Real en 1841. Su caja es azul la parte baja y negra la superior, con dos coronas en los ladillos. Tiene cornisa de metal dorado y junquillos de plaqué con piedras incrustadas. Los grandes faroles son de cristal con historiadas monturas doradas. El interior está tapizado de

terciopelo blanco con pasamanería azul y carmesí. La caja es de doble suspensión y el juego está pintado de color amaranto con adornos dorados.

De las otras tres carrozas del tipo llamado coches de París, una de ellas fué fabricada en París por Brinder y comprada en 1875 al conde Konlk, embajador de Rusia. La caja de ésta es de doble suspensión, está pintada de azul oscuro con junquillos dorados. Lleva escudos reales en las portezuelas y grandes faroles dorados. El interior está forrado de seda color tórtola y el pescante es de tumba con paño azul y banda carmesí. Lleva también un escudo de armas de metal dorado a fuego.

La otra es casi idéntica. También su caja es de doble suspensión, el pescante de tumba de paño azul con flecos y también el interior está tapizado con seda color tórtola. Esta fué comprada a Pascual de la Rosa en 1875 y restaurada en Madrid por Zacarías López en 1876. Estaba valorada entonces en sesenta mil pesetas.

Una de las más bonitas es la que fué siempre carroza de respeto, destinada a ir vacía en todas las solemnidades. Es un coche de gran lujo, con caja de doble suspensión adornada con "muy lindos bronces, dorados a fuego", que forman una greca todo alrededor. Así mismo lleva dorados a fuego los escudos de bronce. El pescante es de tumba, forrado de paño blanco adornado con seda de colores. Esta carroza fué construída en Madrid el año 1833, por los maestros de coches Rodríguez y Durán, que tenían sus talleres en la Plaza de Lavapiés y fué hecha en su totalidad con materiales españoles.

Tales son, a grandes rasgos, esos vehículos hipomóviles, verdaderas joyas de la artesanía del siglo XIX, que con tanta frecuencia se pueden ver en la Gran Vía de Madrid, despertando siempre la curiosidad pública en estos tiempos de la gasolina y las chapas de latón charolado en París o en Detroit. La suntuosidad y la solemnidad acompañan siempre a estas viejas carrozas que, siguen teniendo una sugestión espectacular sobre las gentes. Pues además de servir para transportar cómodamente a las personas de los embajadores tienen en sí mismas, arte, belleza e historia.